

# Los movimientos conservacionistas y la posición del ser humano con respecto a la naturaleza<sup>1</sup>

Pablo Corcuera y Leticia Ponce de León García

EN SU NOVELA-ENSAYO *La vida de los animales* el sudafricano J. M. Coetzee cuestiona la división aristotélica de dioses, hombre y bestias, y refuta la noción de la esencia divina fincada en “la razón”, pues considera que la idea es tautológica. La obra renueva la problemática acerca de los derechos de los animales y representa una oportunidad para reflexionar sobre la relación del hombre con la naturaleza.

Independientemente de la evidencia científica, la noción de ser superior que se atribuye a sí mismo el ser humano persiste como uno de los fundamentos irreductibles de su conducta y pensamiento. Esta idea central derivada de la posición privilegiada del hombre en la creación, transmitida por las religiones judío-cristianas, y del predominio de la razón, que rige las corrientes filosóficas y científicas occidentales, justifica el uso y abuso de la naturaleza en función de los caprichos de la especie. Sin embargo, tanto los descubrimientos científicos como los cambios de posturas filosóficas a través de la historia han sacudido los fundamentos tradicionales que ven al ser humano como una especie con atributos superiores.

La concepción heliocéntrica del universo confirmada por las observaciones de Galileo fue —a pesar de la reticencia de la Iglesia católica— un primer golpe a la postura antropocéntrica: la Tierra no es el centro del universo. Posteriormente, el darwinismo reubicó al ser humano como una especie más en la trama de la vida, con lo que introdujo un distanciamiento entre el pensamiento religioso occidental y la ciencia. Una consecuencia de los estudios que surgieron de la teoría evolutiva y de la historia natural fue el reconocimiento de la interdependencia entre los organismos y de la vulnerabilidad de nuestra propia especie ante un desequilibrio ambiental. Posiblemente la más reciente provocación a la supuesta

superioridad del hombre surja del descubrimiento de su parecido genético con los demás mamíferos (compartimos más de 90% de nuestra herencia con los roedores comunes), y en particular con los grandes simios (la diferencia genómica entre éstos y *homo sapiens* se reduce a 2%).

Una rápida revisión de algunos de los movimientos conservacionistas en el siglo XIX permite entender los fundamentos del conservacionismo actual, pues a partir de reflexiones en torno a ellos se incorporaron principios filosóficos y éticos que condujeron al manejo racional y la conservación de los recursos y sobre todo a la percepción moderna de la naturaleza. Ralph Waldo Emerson (1803-1882) en su tesis del “trascendentalismo” decía que la naturaleza, creada por un ser superior, debería ser vista como un templo y que por lo tanto se le debía el respeto que ameritaba. Henry David Thoreau (1817-1862) creía que la experiencia directa con la naturaleza era necesaria para contrarrestar las tendencias materialistas de la civilización y para recuperar el papel del ser humano en su entorno natural.

Las ideas de Emerson y Thoreau inspiraron a John Muir (1838-1914), quien fue uno de los primeros conservacionistas que explícitamente propuso la idea de que la naturaleza tiene un valor intrínseco. A pesar de su propuesta, otras tendencias impidieron el avance de tal corriente de pensamiento.

Después de 1945 la conservación se enfocó en una política preservacionista basada en principios ecológicos. Estos principios a veces eran viscerales y se fundaban en observaciones no muy bien documentadas. Por ejemplo, en Estados Unidos se desarrolló formalmente la estrategia política “progresista” de Pinchot que tenía como meta importante lograr mayor eficiencia en el manejo de los recursos naturales. Como

consecuencia de ésta se estableció un programa oficial para acabar con una serie de “plagas” que incluían a los lobos, los coyotes y, en general, a los grandes depredadores. Esta política de acabar con lobos y coyotes acabó por extenderse incluso a los parques nacionales (Worster, 1994). Hay que señalar aquí que en el pensamiento biológico actual la idea de progreso resulta cada vez más controversial.

Aldo Leopold (1886-1948), quien originalmente trabajó en una agencia gubernamental dirigida por Pinchot, se dio cuenta de que la ética de la conservación de los recursos de Pinchot era inadecuada debido a que veía la naturaleza como una colección de bienes individuales que podían utilizarse de forma independiente. En este sentido, y con más evidencias empíricas, impulsó como Muir la visión moderna de las comunidades como sistemas de procesos interrelacionados y del ser humano como una más de las especies interactuantes.

Actualmente existe un gradiente ideológico que incluye, en un extremo, a los conservadores, representados por organizaciones como la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN) y, en el otro, a los extremistas representados a veces por grupos terroristas que luchan por los derechos de los animales (Mills, 1983). Estos extremos implican una dicotomía entre los preservacionistas preocupados por la supervivencia de las especies y los proteccionistas que pretenden acabar con la crueldad hacia los animales (tema del que se ocupa Coetzee). Los primeros no cuestionan la superioridad de *homo sapiens*, mientras que los últimos creen que el hombre es una especie más, sin atributos que lo coloquen por encima del resto.

El Fondo Mundial para la Vida Silvestre (WWF) propone la preservación de áreas, objetos, flora y fauna que tengan alguna importancia científica, histórica o estética. Su estrategia mundial para la conservación es un intento de vender principios ecológicos razonables y prácticos a los gobiernos, principalmente a los del tercer mundo. La explotación racional de las especies silvestres y de los recursos naturales es aceptable siempre y cuando se impida la extinción y pérdida irreversible del hábitat. Con respecto a su filosofía, los representantes de la unión opinan que a ninguna generación le gustaría pasar a la historia como la causante de la desaparición de las plantas y animales silvestres. Además, si bien la gente tiene la capacidad de exterminar las especies también adquiere, por ello, la responsabilidad de protegerlas. Estas medidas a veces implican la separación de los principios morales personales de las posibilidades prácticas; es más fácil, por ejemplo, proponer la prohibición de algún uso no muy practicado (como el de la cacería de zorras en Gran Bretaña), que pelear en

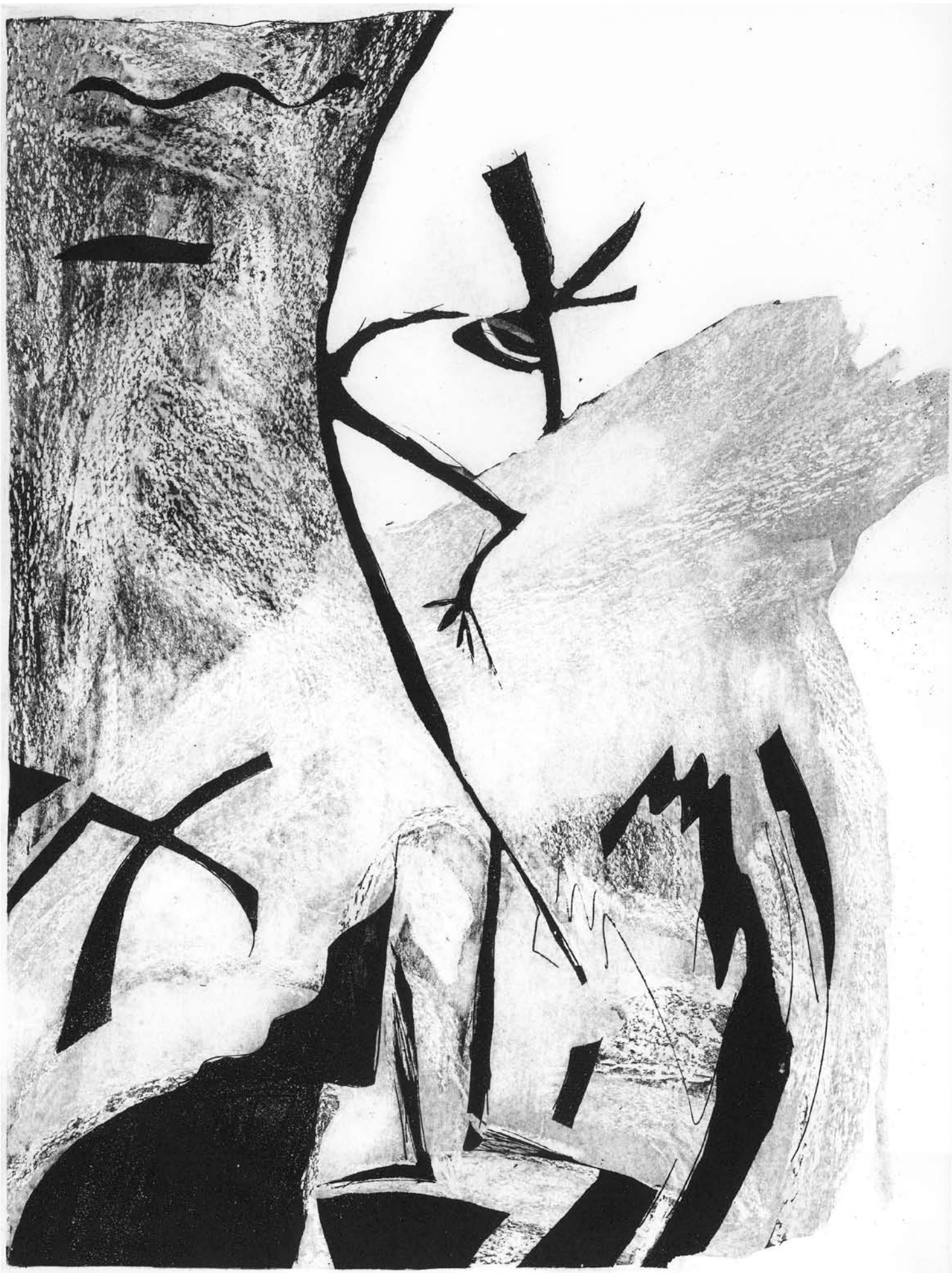
contra de un deporte tan popular como la pesca, independientemente de que las dos impliquen una cantidad similar de sufrimiento y crueldad hacia los animales (Mills, 1983).

Una posición un poco menos moderada establece que el principal problema es de carácter filosófico y se refiere al desperdicio en un sentido más espiritual. Esto es, el mal uso de los recursos implica un ultraje a la naturaleza, a la cual debemos respeto por ser la fuente de nuestra propia existencia. En este caso, grupos como FoE (Friends of the Earth) opinan que la naturaleza tiene una dimensión anímica. Su filosofía coincide con la de los artistas románticos, seguidores de Rousseau, que proponían que la existencia de la naturaleza prístina es deseable porque enriquece de una manera mística la calidad de la vida en la Tierra. Este grupo está de acuerdo en general con los movimientos más moderados, pero enfatiza la protección de ciertas especies “simplemente por lo que son”. Para justificar sus argumentos proponen que el ser humano, además de ser racional, es también espiritual y emocional.

Más hacia el extremo de este espectro existen organizaciones como Greenpeace que argumentan que algunos actos en contra de la naturaleza pueden ser reprobables *per se*, independientemente de que pongan en peligro o no a alguna especie. Un buen ejemplo es el de las matanzas anuales a garrotazos de crías de focas por canadienses y noruegos. El factor decisivo, más que el de rareza o escasez de alguna especie, es el del respeto (Mills, 1983).

Greenpeace se involucra activamente para defender sus principios, pero expone a los miembros de su organización —y a su propio equipo, constituido generalmente por voluntarios— a confrontaciones con autoridades y con grupos de poder. A pesar de estas acciones, puede observarse que la dicotomía entre la superioridad del ser humano y el resto de las especies no desaparece.

Otros grupos de protección a los animales —que representan el otro lado de la escala— intentan ocasionar el máximo daño económico a aquellas compañías que dañen a la naturaleza. El Frente de Liberación Animal, por ejemplo, durante 1982, 1983 y recientemente en 2003 estuvo involucrado en actos como la liberación de visones (*minks*) en la campaña de Escocia y Estados Unidos. El Frente por la Liberación de la Tierra, un grupo con ideologías radicales, recientemente destruyó una fábrica de vehículos para todo terreno Hummer, así como un complejo de apartamentos que había sido construido en un sitio importante para la conservación de las especies. Otros frentes clandestinos han enviado cartas explosivas a científicos asociados con experimentos con animales. A pesar de su radicalismo es entre estos grupos en



donde se ha dado el cuestionamiento ético más intenso. La base de su ideología radica en parte en la llamada “ecología profunda”.

La ecología profunda está basada en dos principios: el primero tiene que ver con la absoluta convicción de la existencia de las interrelaciones entre los sistemas de la vida en la Tierra. En este sentido se propone, como contraparte del antropocentrismo, el “ecocentrismo”: “en vez de mirar al hombre como algo único escogido por Dios, debemos vernos como un elemento integrado en el sistema de vida. Como consecuencia, desarrollaremos una postura menos dominante y agresiva respecto a la Tierra”. El segundo principio se basa en la identificación con todos los seres vivos (incluyendo a la ecósfera en su totalidad) y no solamente con nuestro ego y nuestra familia cercana. Esto implicaría sin duda un cambio de conciencia que al fin y al cabo iría más acorde con lo que la ciencia parece sugerir (*i.e.* esta identificación evitaría el desperdicio y el mal uso de los recursos naturales ya que estaríamos conscientes de que al dañar la naturaleza, nos dañamos a nosotros mismos).

Algunos aspectos de la filosofía “verde”, junto con sus argumentos científicos, fueron retomados por la iniciativa de la *Carta de la Tierra*. Esta iniciativa se originó en 1987 a partir de un llamado de la Comisión Mundial para el Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas. La redacción de sus principios se discutió en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, pero el documento oficial fue aprobado hasta el año 2000. La misión de la organización es la de “establecer una base ética sólida para la sociedad global emergente y ayudar a crear un mundo sostenible basado en el respeto a la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz”.

Posiblemente la característica más relevante de la *Carta de la Tierra* sea su propuesta basada, al mismo tiempo, en

argumentos científicos y espirituales. En esa declaración subyace la convicción de que una civilización basada en los principios consumistas actuales está condenada a desaparecer. Resulta por ello necesario recurrir a la espiritualidad y darle un sentido a la vida que promueva una revaloración de la naturaleza. Además, la toma de conciencia acerca de la interconexión de todo lo viviente es fundamental para establecer un balance entre las necesidades humanas y lo que la naturaleza puede ofrecer.

Algunos integrantes de los movimientos extremos opinan que el ser humano está asumiendo una actitud moral distinta con respecto a la naturaleza. Nuestro “círculo ético de benevolencia” se ha ampliado para incluir a todas las razas humanas (hay que recordar que la esclavitud se abolió en México hasta 1810 y que el *apartheid* fue vencido apenas en 1994). Se está comenzando a promover la supervivencia de otras especies sin fines utilitarios, prueba de ello es por ejemplo el entusiasmo por los osos pandas en el zoológico de Chapultepec. Este desarrollo del sentido ético podría expandirse para incluir a todas las demás especies y finalmente también a la naturaleza inanimada. El hombre, a fin de cuentas, volverá a asumirse como una más de las especies que existen. •

#### Nota

<sup>1</sup>Algunas de las reflexiones incluidas en este ensayo fueron publicadas en *Sociológica*, núm. 56, México, 2004, pp. 199-211.

PABLO CORCUERA MARTÍNEZ DEL RÍO es profesor-investigador en el Departamento de Biología de la UAM Iztapalapa, licenciado en biología por la UAM Iztapalapa, doctor en filosofía por la Universidad de Durham.

LETICIA PONCE DE LEÓN GARCÍA es profesora-investigadora en el Departamento de Biología de la UAM Iztapalapa, licenciada en biología por la UNAM y doctora en ecología y ciencias naturales por la Universidad Pierre et Marie Curie, París-6.